

so fraseo, pareciera que D'Halmar no encontró allí otra cosa que la satisfacción de su sed exotista y de sus afanes de artífice verbal.

Sin embargo, se trata sólo de una pariencia, brotada, a nuestro juicio, de la necesidad de encubrir, con púdicos velos, el íntimo e inconfesable trasfondo. Así lo demuestra claramente la reiteración del tópico en los libros ya indicados.

Las aficiones mitómanas de D'Halmar, así como el superficial escapismo que cruza la casi totalidad de su obra son también elementos que carecen aún de explicación convincente. Se ha hablado de algunas lecturas decisivas: Tolstoy, Loti, Maeterlinck, Andersen, etc. Quizás. Lo externo y superficial refleja siempre una esencia profunda, directa o indirectamente. En este caso la refleja inclusive, porque la disfraza, o pretende disfrazarla. Las lecturas podrán enriquecer y desarrollar un contenido, pero no procrearlo al margen de la experiencia personal.

¿La bastardía, entonces? ¿Los convencionalismos, el ingrato medio familiar? ¿Arribismo pequeño-burqués con pretensiones de élite? ¿O la ascendencia nórdica, como dicen otros en pueril psicologismo racial?

Las interrogantes subsisten sin duda. Y ha venido a replantearlas, a diez años de la muerte de D'Halmar, esta nueva edición de "La sombra del humo en el espejo", una de las mejores obras, al fin y al cabo, de uno de los más grandes escritores chilenos de este siglo.

YERKO MORETIC.



*Proceso*, de JUAN SÁNCHEZ GUERRERO

Editorial Universitaria, 1960

TAL COMO esos libros de testimonio, acusadores de una realidad viva y cercana, "Proceso" conjuga diversos elementos insólitos en una obra literaria cualquiera.

Su autor se encuentra en la cárcel desde hace más de seis años, condenado a quince, por homicidio. El crimen cometido estuvo rodeado de circunstancias atenuantes, según el punto de vista legal. Juan Sánchez, huérfano muy pequeño de padres proletarios, aprendió a leer y escribir solo después de los veinte años de edad. El hecho de que se haya transformado en escritor ha contribuido, junto con los otros factores, a generar un movimiento de intelectuales en favor de su libertad.

No es posible prescindir de estos elementos activos, en pleno desarrollo, si se quiere juzgar "Proceso". Además, el propio autor parece haberse debatido en una contradicción que no superó del todo: dar a la obra el estricto carácter de documento o producir con ella una síntesis literaria. Porque, por un lado —sobre todo en los primeros capítulos, relato de su vida y el crimen—, hay un evidente propósito artístico, cuyo fruto es una mezcla confusa de certeras percepciones de la realidad social y vagos ensueños e ilusiones fetichistas acerca del sistema en que vivimos, todo en un lenguaje preñado de lirismo fácil y blandengue. Por otra parte, Sánchez Guerrero retrata tipos y narra episodios carcelarios de manera directa, objetiva, sólo a ratos arrastrado por un ingenuo idealismo, que lo lleva a embellecer la realidad o a mostrarse escandalizado y severo frente a ciertos reos.

Precisamente, estas páginas desprovistas de afán literario, son las más numerosas y mejores del libro y es en ellas donde Sánchez Guerrero revela que posee en verdad vocación y aptitud de escritor, vocación y aptitud limitadas por su tardía incorporación al desarrollo cultural y por falsos conceptos estéticos, pero fecundadas, a la vez, por un riquísimo bagaje de experiencias terribles, experiencias en gran parte comunes a nuestro pueblo y, de este modo, representativas de aspectos esenciales de la vida nacional.

Uno de esos aspectos es el de la justicia, una justicia clasista que opera a través de una extensa y complicada trama de disposiciones y funcionarios policiales y administrativos, cuyo conjunto constituye un medio ignominioso para la defensa de los intereses de las clases poseedoras.

Otro es el de la cárcel misma, resumidero humano heterogéneo, sufriente, lleno de horrores, de esperanzas, locuras, de existencias frustradas, inocentes o culpables, totalmente corrompidas o perfectamente sanas aún, en una concentración que en ningún otro lugar se alcanza con tanta intensidad.

El desenvolvimiento de este aspecto forja en "Proceso" capítulos impresionantes, escritos con tino magistral, realistas, denso, capítulos que hacen del libro un cuadro inolvidable del presidio chileno. Especialmente en lo que se refiere a los tipos humanos, su desfile representa una galería picaresca, trágica y cómica, pocas veces vista en nuestra literatura.

Un fecundo camino como escritor parece tener Sánchez Guerrero. Su obra inicial, aunque veteada de inexperiencias estilísticas, permite comprender que si en él triunfa su sentido realista, podrá obtener de su zarandeada vida una fuente inagotable de valiosa creación artística.